

migos; Arabchah el Siríaco, ayo de los hijos de Sultan-Muhammed, despues de haberlo sido de los de Timur, y que, además de la historia de aquel conquistador, escribió otras obras con los títulos mas estravantes, tales como la *Maravillas de las lunas llenas* (Adjaib-ulbodur), *la Uva del consejo*, etc.; Safi-Bayezid, antiguo preceptor del Sultan, y que, habiendo contribuido con sus sabios consejos á la restauracion de la monarquía, recibió en recompensa la dignidad de Cazi-Asker; en fin Muhi-uddin-Kafedji, que compuso un número de obras tan considerable, que ya no se acordaba de lo que contenian, ni aun del título de muchas de ellas.

Además de aquellos literatos y de aquellos sabios, vivieron, durante el reinado de Sultan-Muhammed, jeques distinguidos por su piedad y su mérito. Hemos tenido ya ocasion de citar el gran jeque Bokhari, conocido bajo el nombre de Emir-Sultan, y sobre todo á Bedreddin, tan famoso por la sublevacion de los derviches como por sus obras. Entre los mas ilustres, nombraremos aun á los jeques Abdullatif-Mukaddezi de Jerusalem, autor del *Tohfet* (lo presente), libro ascético lleno de erudicion; y Pir-Elías de Amasia, místico famoso, que gozaba una gran reputacion de santidad, y á quien Sulian-Muhammed hizo erijir un magnífico mausoleo en Sewadié.

Sultan-Muhammed, vencedor de sus hermanos, los aventajaba á todos en las cualidades físicas y morales. Superior en los ejercicios gimnásticos, no era menos notable por la elevacion de su espíritu y la grandeza de su carácter. Su rostro, de una blancura estremada, hacia resaltar la viveza de sus ojos negros, y el color moreno de las pobladas cejas que se juntaban sobre su frente ancha y salediza, su pecho elevado, sus manos largas y musculares, daban una alta idea de su fuerza, que los historiadores otomanos comparan á la de un leon, como igualmente su ceño al de la águila. Príncipe equitativo, bienhechor, jeneroso, constante en la amistad, humano

con todos, sin distincion de nacion ni creencia, Sultan-Muhammed ha merecido ocupar el rango de los mejores soberanos de su raza, consolidó el trono de Osman, y valiente por las dos plagas de la invasion extranjera y de la guerra civil, y fué, valiéndonos de las espresiones de un escritor musulman, *el Noé que salvó el arca del imperio, amenazado por el diluvio de los Tártaros.*

CAPITULO VIII.

SULTAN-MURAD-KHAN (vulgarmente Amurad II), HIJO DE SULTAN-MUHAMMED I.

Sultan-Murad, apenas de edad de diez y ocho años, pero gobernador de Amasia hacia ya seis años, fué recibido en Brusa por los jenizaros, quienes le escoltaron hasta su palacio. Despues de haber hecho tributar los últimos deberes á su padre, y mandado llevar un luto de ocho dias, envió á significar su advenimiento al rey de Hungría, al emperador griego y á los príncipes de Menteché y de Karamania. Concluyóse un tratado de paz con este último y una tregua de cinco años con Sijismundo. Solo Manuel, olvidando los males causados á su pais por la enemistad de los monarcas otomanos, se atrevió á intimar á Sultan-Murad que le entregase sus dos hermanos en rehenes, en ejecucion de una cláusula del testamento de Sultan-Muhammed. En caso de negativa, el emperador amenazaba á Sultan-Murad con poner en libertad á Mustafá, hijo de Bayezid-Ildirim, y su heredero legítimo, y hacerle reconocer por las provincias europeas mientras se sometian las de Asia. El visir Bayezid-Bajá respondió en nombre de su amo, que la ley del profeta no permitía á los hijos de los verdaderos creyentes ser educados en casa de los jiaures (infieles). Luego que Manuel hubo conocido esta respuesta, cumplió su amenaza dando la libertad al pretendiente, despues de haberle impuesto la condicion de devolver al imperio griego Gallipoli y un gran número de otras ciudades.

Diez galeras, á las órdenes de Demetrio Lascaris, desembarcan á Mustafá, su comitiva delante de Gallipoli, cuyos habitantes y hasta los de sus cercanías se someten; pero la guarnicion de la fortaleza rehusa entregarla al pretendiente. Deja este príncipe á Demetrio delante de la ciudad, y prosigue su marcha hácia el istmo de Athos, engruesando su ejército con una parte de las poblaciones que se hallaban á su paso, y tomando posesion de algunas plazas. Envía Sultan-Murad á Bayezid-Bajá á Andrinópolis: reúne aquel visir cerca de treinta mil hombres, y establece su campo cerca de la ciudad. Mustafá, cuyo ejército se habia hecho mucho mas fuerte por la reunion de los grandes vasallos del imperio, avanza hácia las tropas de Sultan-Murad, y les ordena atrevidamente deponer las armas. Esta orden produjo un efecto mágico; obedecen los soldados; Bayezid-Bajá y su hermano Hamza son cargados de cadenas; el primero es condenado á muerte, y el segundo puesto en libertad. A aquellas noticias, capitula la fortaleza de Gallipoli; Demetrio Lascaris Leontarios se prepara para poner en ella una guarnicion; mas se opone á ello Mustafá, diciendo que no hace la guerra por cuenta del emperador. Viendo el general griego desvanecerse todas las esperanzas que habia fundado su amo sobre la libertad del pretendiente, busca entónces medio de tratar con Sultan-Murad; pero la obstinacion de Manuel en exijir que se le entregasen los dos hermanos del Sultan, hizo romper las negociaciones. El monarca otomano concluyó entónces un tratado de alianza con los Jenoveses de Focea, quienes le ofrecen sus navíos, y le envían la porcion vencida del tributo que pagaban á su predecesor (1).

Cuando supo el Sultan la defeccion del ejército de Bayezid-Bajá y el tris-

te fin de aquel visir, habia pronunciado, con la resignacion que caracteriza á los musulmanes, estas piadosas palabras: «No busquemos otra causa en esta desgracia mas que la cólera de Dios; nuestros pecados nos han atraído su indignacion; tratemos de hacérselos propicio con nuestras fervientes oraciones y con nuestras lágrimas; porque, cuando tenemos por enemigo al Criador, ¿qué puede hacer la criatura?» Fuése en seguida á visitar al gran jeque Bokhari, y le pidió su intercesion. Pónese Emir-Sultan en oracion durante tres dias; cae por fin en éstasis, y oye la voz de Mahoma: «El Dios de misericordia ha oído los votos de Murad; dile que el poder divino le dará la victoria.» Repite el jeque al Sultan aquella promesa, y le ciñe la espada que debe castigar á los rebeldes. Sultan-Murad lleno de confianza en las palabras del derviche, atrinchérase detrás del rio Ulubad, y espera impávido al enemigo. Repentinamente Mustafá, que avanzaba para librar batalla, se halla asaltado de una violenta hemorragia en la nariz que le dura tres dias y le causa tal debilidad, que se ve precisado á suspender el ataque. El hijo de Mikhal Oghlou, prisionero del Sultan, fué puesto en libertad; y lleno de reconocimiento por la jenerosidad de aquel príncipe, avanza, durante la noche, hácia el campo de Mustafá, y exhorta á sus ancianos compañeros de armas á venir á reunirse con su jefe. Inmediatamente se pasaron los ekindjis, con sus oficiales, del lado de Murad. Los azabs se mantuvieron fieles á Mustafá; mas habiendo querido tentar una sorpresa, fueron destrozados por los jenizaros. La defeccion de Djuneid, que poco despues abandonó el campo, infundió el terror en el resto del ejército del pretendiente. Creyéndose abandonados de sus jefes, huyeron los soldados en el mayor desorden. Que-

(1) Desde el tiempo de Miguel Paleólogo, habian obtenido unos Italianos de aquel emperador el privilegio de beneficiar minas de alun en el distrito de Focea. Nobles jenoveses mandaban la fortaleza construida con la ayuda de los Griegos, para proteger

aquel establecimiento. En tiempo de Muhammed I, Juan Adorno, hijo del Dux de Génova, gobernador de la Nueva-Focea, se habia obligado á pagar al Sultan un tributo, por cuyo medio compraba la colonia jenovesa la franquicia de su pabello.

dado Mustafá solo con algunos ayu-
das de cámara, se refugió en Galli-
poli, y vió, de lo alto de las murallas,
avanzar la escuadra jenovesa que
conducía á Sultan-Murad hácia las
costas de Europa. Hizose el desem-
barco á alguna distancia del puerto
de Gallipoli; abandona Mustafá aque-
lla ciudad, y se encamina á la Vala-
quia. Vendido en su huida por sus
mismos servidores, es arrestado en
Kizil-Agatch-Yenidjé, y condenado
á perecer en el suplicio de los mal-
hechores.

Habiendo sabido el emperador
griego la derrota y el fin trájico de
Mustafá, principia á temer por sí
mismo. Envía al Sultan embajadores
encargados de llevarle protestas de
amistad, y de no descuidar nada pa-
ra apaciguar su cólera. Por toda res-
puesta, avanza Sultan-Murad, á la
cabeza de veinte mil hombres, hasta
las murallas de Constantinopla. Hi-
zo construir máquinas destinadas á
facilitar el asalto, y publicó que la
ciudad y todos sus tesoros serian
abandonados á los musulmanes. Esta
promesa acrecentó considerable-
mente las fuerzas del ejército sitia-
dor, á las que se apresuraron á reu-
nirse una multitud de vagamundos,
atraídos por la esperanza de un rico
botin. Los numerosos derviches, que
fueron al campo de Sultan-Murad,
reclamaban, como parte del botin
que naturalmente debía caberles,
las relijiosas encerradas en los con-
ventos de Constantinopla. Habíase
puesto á su cabeza el gran jeque
Emir-Sultan-Bokhari. La victoria de
Ulubad, atribuida á sus oraciones,
había aumentado la consideracion
de que ya gozaba. Objeto de los pro-
fundos respetos de los musulmanes,
que se prosternaban delante de él, y
se apresuraban á besarle sus manos
y piés, y hasta las bridas de su mu-
la, este personaje reverenciado en-
tró como en triunfo en el campo oto-
mano: ocultándose al jentío, se re-
tiró bajo una tienda de fieltro, y
buscó, en sus libros cabalísticos, la
hora en que Constantinopla debía
caer delante de los hijos del profeta.
Durante aquel tiempo, los dervi-
ches, discípulos suyos, llenaban el

aire con gritos salvajes, insultaba
á los soldados cristianos que habian
acudido sobre las murallas: «Hom-
bres oboecados, esclamaba, aque-
llos fanáticos, ¿qué habeis hecho de
vuestro Dios? ¿Dónde está vuestro
Cristo?... Mañana caerán vuestras
murallas; mañana quedarán redu-
cidas á la esclavitud vuestras muje-
res y vuestras hijas, y vuestras ño-
ñas (monjas) en poder de nuestros
derviches; porque tal es la voluntad
de nuestro profeta.» Por último,
después de largas meditaciones salió
de su tienda el jeque Bokhari. Anun-
ció solemnemente que el 24 de agos-
to de 412 montaría á caballo á la
una del día, y que, luego que hu-
biese ajitado su cimitarra y dado
por tres veces el grito de guerra,
caería Constantinopla en poder de
los musulmanes. En el día y hora in-
dicadas, monta sobre un soberbio
caballo, avanza hácia la ciudad, es-
cortado por quinientos derviches.
En el momento en que desenvaina la
espada, el ejército entero arroja tres
veces el grito de *Allah y Mahoma*.
Los griegos responden á él con el de
Christos y Panaiá... (1) y se empeña
el combate. Fué terrible. Los musul-
manes estaban exaltados con las pro-
mesas que creían ellos emanadas del
cielo, y los Griegos combatían por
su culto y sus hogares, *pro aris et*
focis. Iba ya á desaparecer el sol
sin que la victoria estuviese deci-
dida, cuando repentinamente en
medio de los rayos de oro con que
alumbraba á los bastidores esterior-
es, aparece á los ojos deslumbrados
de los sitiadores una virjen,
adornada con un vestido de color
violeta, esparciendo á su alrededor
un resplendor sobre natural, y los
llena de un terror pánico. Huyen, y
se salva Constantinopla. Los histo-
riadores que cuentan aquel milagro,
aseguran que el jeque Emir-Sultan
atestigua él mismo la verdad de aque-
lla aparición, confirmada por el tes-
timonio de todo el ejército otoma-
no. Los Griegos, por su lado, no fal-
taron de decir que la santa Virjen

(1) Η Παναγία, la «enteramente santa,»
epiteto consagrado á la Virjen Maria entre
los Griegos.

había bajado del cielo para proteger
á las relijiosas amenazadas por los
derviches. Como quiera que sea, la
derrota de los musulmanes puede es-
plicarse también por causas enteramente
naturales. Viendo el empera-
dor Manuel todos sus proyectos abor-
tados por la muerte del pretendien-
te, había suscitado un segundo rival
á Sultan-Murad. Otro Mustafá, su
hermano segundo, escitado por su
ayo y por los agentes secretos de Ma-
nuel, acababa de declarar su suble-
vacion con la toma de Nicea (*Iznik*).
Los habitantes de Brusa, amenaza-
dos igualmente por el nuevo preten-
diente, le habían ofrecido un pre-
sente de cien ricos tapices, y se ha-
bian escusado de no poder abrirle
las puertas de la ciudad, á causa del
juramento de fidelidad que les unia
con Sultan-Murad. Llegaronle aque-
llas noticias durante el asalto, y le
decidieron á levantar el sitio inme-
diatamente, y á volver al Asia. Hé
aquí la verdadera causa del abando-
no de la empresa, de la que se libertó
todavía una vez Constantinopla, gra-
cias á la estratagemas de su empera-
dor.

Mientras que Sultan-Murad avan-
zaba al encuentro de Mustafá, este
último iba á visitar secretamente al
emperador griego, quien le hizo van-
nas promesas. Volvía el pretendien-
te á su ejército, cuando vendido por
el pérfido Elias, el mismo que le ha-
bia empujado á la sublevacion, y á
quien había seducido el oro de Sul-
tan-Murad, se vió entregado á su fe-
liz competidor, y ejecutado inme-
diatamente, en virtud de aquellas
palabras del profeta: «Cuando hay
dos califas á quienes se rinde home-
naje, es necesario hacer morir á uno
de los dos.»

Al paso que Sultan-Murad triun-
faba del último de sus hermanos,
Esfendiar, príncipe de Sinope y de
Kastamuni, se aprovechaba de la su-
blevacion de Mustafá para ensayar
el modo de libertarse del yugo oto-
mano. Sitió las ciudades de Tara-
kli y de Boli; mas, abandonado por
su propio hijo Kazim-Bey, que ar-
rastró en su defeccion á la mayor
parte del ejército, se vió obligado á

comprar su perdon dando su hija en
casamiento al vencedor, y cediéndole
le las minas de las montañas de Kas-
tamuni.

Hallábase el Asia pacificada, y los
generales de Sultan-Murad, vencedo-
res en Europa, estrechaban á Dra-
kul, príncipe de la Valaquia, y ba-
tian á los cristianos de la Alba-
nia y de la Morea. El monarca oto-
mano se aprovechó de la paz general
para organizar su consejo. Antes de
aquella reforma, se habían puesto
cinco visires al frente de los nego-
cios públicos; pero la marcha se ha-
llaba paralizada por aquella division
de los poderes. Umur-Bey y Ali-Bey,
hijos de Timurtach, fueron envia-
dos al Kermian y al Sarukhan con el
título de gobernadores; su hermano
Urudj fué nombrado beilerbei;
Ibrahim-Bajá quedó solo en el minis-
terio. En cuanto al quinto visir, Auz-
Bajá, fué víctima de las sospechas
de su amo, á quien le habían denun-
ciado como que aspiraba á usurpar
la corona. Habiéndose apercebido
Sultan-Murad que aquel señor lleva-
ba una coraza por debajo de sus ves-
tidos, le preguntó el motivo de aque-
lla precaucion extraordinaria. A aque-
lla pregunta imprevista, no habiendo
podido Auz-Bajá disimular su turba-
cion, el Sultan le hizo sacar los ojos.

Obrando Sultan-Murad de aquel
modo, aseguró la tranquilidad in-
terior del imperio, que sus armas
triumfantes hacían respetar en el es-
terior. Las bodas del Sultan con la
hija del príncipe de Sinope fueron
la señal de las fiestas mas brillantes.
La nueva esposa hizo su entrada en
Andrinópolis con una pompa que
no había tenido ejemplar hasta en-
tonces en aquella ciudad. Al mismo
tiempo se celebraron los casamien-
tos de las tres hermanas de Sultan-
Murad. Kazim-Bey, hijo de Eifendiar,
Karadja-Tchelebi, gobernador del
Asia Menor, y Mahmud-Tchelebi,
hijo de Ibrahim-Bajá, fueron los tres
señores que Sultan-Murad honró con
su alianza.

No obstante, en el seno de la paz
y en medio de los regocijos públi-
cos, no olvidaba Sultan-Murad los
intereses de su política. Apenas aca-

baba de morir el emperador Manuel, y ya un tratado concluido con Juan, su sucesor, aseguraba al Sultan la posesion de un gran número de ciudades en las orillas del mar Negro y del Strania (Strymon), y además un tributo anual de treinta mil ducados. El antiguo tratado de paz con los principes de la Servia y de la Valaquia habia sido renovado, y se habia firmado una tregua de dos años con Sijismundo, rey de Hungría, elegido recientemente emperador de Alemania. Efectuóse entre ambos soberanos un cambio de presentes: Sultan-Murad envió tapices de Oriente, vasos dorados, telas de oro y seda, etc.; y Sijismundo piezas de terciopelo y de paño de Malinas, caballos de precio, ocho puños de oro y mil florines.

Sultan-Murad, en paz con todos sus vecinos, escogió aquel momento para castigar á Djuneid, principe de Aidin, por su obstinacion en reconocerse como señor feudal de la Sublime Puerta. Aquel partidario atrevido, que, despues de la muerte de Bayezid, habia prestado su apoyo á todas las sublevaciones, sucumbió por último bajo las armas de Khalil-Yakch-Bey, á quien escogió el Sultan para castigar al rebelde. Djuneid, viéndose en la imposibilidad de resistir á fuerzas superiores á las suyas, se entregó á Khalil, quien le ofreció perdonarle la vida; pero Hamza-Bey, pariente de Khalil y hermano de Bayezid-Bajá á quien habia hecho morir Djuneid, envió á su tienda, durante la noche, cuatro verdugos, quienes ahogaron al prisionero y su familia, y llevaron sus cabezas á Andrinópolis.

Desembarazado de un súbdito tan peligroso, se encamina Sultan-Murad á Efeso, y renueva diferentes alianzas, entre otras las que existian con los caballeros de San Juan de Jerusalem, poseedores de la isla de Rodas.

Nuevos alborotos en algunos estados del Asia obligaron todavía á Sultan-Murad á llevar á ellos sus armas victoriosas. Despoja á los principes Ahmed y Oweis del gobierno de Menteché, cuyo mando dió á Balaban-

Bajá; triunfa de Muhammed-Bey, señor de Karamania, quien murió de un cañonazo, é hizo alianza con sus tres hijos, Iza, Ali é Ibrahim. Los primeros se casaron con las hermanas del Sultan, y recibí con en dote vastos dominios cerca de Sofia; el tercero fué investido con el principado de su padre con la condicion de restituir la porcion del territorio de Hamid, de que se habia apoderado Muhammed-Bey.

Mientras que Sultan-Murad lo pacificaba todo á su alrededor por medio de una política sabia y leal, su antiguo ayo, Yur-Kedj-Bajá, investido con la entera confianza del monarca, que le habia acordado el mando de la pequeña Armenia, con el derecho de *sikké*, se entregaba á actos de ferocidad y de perfidia, de los que no tienen miedo de hacerse los apolojistas algunos historiadores otomanos: cuatrocientos Turcomanos fueron atraídos á Amasia bajo el pretesto de una alianza; Yurkedj-Bajá los recibió con las mas amistosas demostraciones, los trató sumptuosamente, los prodigó el vino y los licores, y se aprovechó de su embriaguez para cargarlos de cadenas y arrojarlos en una prision, á la que ordenó pegar fuego, despues de haber tenido la bárbara precaucion de hacer amurallar la puerta. Otra perfidia le hizo dueño del fuerte de Kodja-Kiia (viejo peñasco). Haider, señor de aquel castillo situado en una posicion inespugnable, fué víctima de la traicion de su confidente Taifur, ganado con las promesas de Yurkedj-Bajá.

Huzein-Bey, jefe de una tribu turcomana, intimidado con aquellos ejemplares, y temiendo no poder escaparse de las arterias del astuto bajá, se decidió á entregarle la ciudadela de Djanik, esperando de aquel modo conservar la vida y la libertad. Mas, á pesar de su sumision, fué llevado prisionero á Brusa. Felizmente para él, escapóse de sus guardianes y se va al lado del Sultan, el cual, menos cruel que su lugar-teniente, recibe á Hazan con bondad y le dá un sanjacato en la Romelia.

Fué en aquella misma época cuan-

do el príncipe de Kermian, deslumbrado con la gloria de Murad, y queriendo conciliarse mas y mas el favor de su poderoso aliado, vino á hacerle una visita á Andrinópolis. El monarca otomano desplegó en aquella ocasion una magnificencia extraordinaria. Fiestas brillantísimas señalaron la estancia del noble viajero en la corte del Sultan. Un *mihmandar*, ó introductor de extranjeros, fué agregado á su persona, y encargado de anticiparse á sus mas pequeños deseos. Celoso de manifestar su reconocimiento por una acogida tan magnífica, el príncipe de Kermian fué tan jeneroso con su escolta que apuró sus recursos, y se vió obligado á escribir al Sultan para hacerle saber su embarazo. Sultan-Murad, que ansiaba los estados del anciano príncipe, se alegró que se le presentase la ocasion de hacerle un servicio. Le envió una fuerte suma de dinero, y no tardó en recibir el fruto de su jenerosidad interesada: al cabo de un año murió el príncipe, é instituyó por su heredero á Sultan-Murad.

Jorje Brandkowitz acababa de suceder á Estévan Lazarowitch, soberano de Servia. A tenor del tratado concluido por aquel último con el rey Sijismundo, reclamaba este muchas plazas fuertes, entre otras Gueiardjlik ó Columbaz. Mas aquella ciudad la habia empeñado en el tiempo Estévan á un boyardo por una deuda de doce mil ducados; y el acreedor, mas bien que perder su prenda, habia preferido entregarla á los musulmanes. Sijismundo quiso arrebatar aquella ciudad sobre la que tenia derechos; Sultan-Murad acudió para defenderla. Concluyóse inmediatamente entre ellos una tregua, en virtud de la cual se retiró el rey de Hungría á la orilla derecha del Danubio; mas apenas hubo llegado á ella con una parte de sus tropas, que los musulmanes, rompiendo el armisticio, se precipitaron sobre la retaguardia, é hicieron de ella una carnicería espantosa. Sometióse entonces el nuevo príncipe de Servia, Brankowitch, á pagar á la Puerta un tributo de cincuenta mil ducados, á interrumpir todas sus relaciones con

la Hungría, y á reunir sus tropas con las del Sultan.

Andrónico Paleólogo, uno de los siete hijos de Manuel, encargado por él del gobierno de la Tesalia, acababa de ser arrojado de Tesalónica por sus propios súbditos quienes habian entregado la ciudad á los Venecianos. Sultan-Murad vió con despecho aquella plaza importante entre diferentes manos que las suyas, y envió, para conquistarla, á su lugar-teniente Hamza, al frente de un ejército formidable. Despues de un sitio sostenido valerosamente por los Venecianos, y durante el cual destruyó una parte de la ciudad un temblor de tierra horroroso, Tesalónica es tomada por asalto y entregada á todos los horrores del saqueo: siete mil habitantes reducidos á la esclavitud, las iglesias profanadas, los altares destruidos, tales fueron los desastres que acompañaron la toma de aquella desgraciada ciudad. Luego que hubo cesado el desorden, permitió Sultan-Murad á sus prisioneros que volvieran á tomar sus antiguas habitaciones, y reemplazó á los habitantes muertos ó conducidos fuera de la provincia, con el escedente de poblacion de la ciudad mas vecina, Yenidzé-Wardar. Así es como Tesalónica, conquistada en 788 (1386) por Murad I, vuelta á tomar por Bayezid en 796 (1394), y por Muhammed despues del interregno, cayó en fin por la cuarta vez en poder de los Otomanos, é hizo despues parte de su imperio, bajo el nombre de *Selanik* ó Salónica. A pesar de las devastaciones sucesivas que habia experimentado, no tardó en volver á florecer; gracias á su hermosa posicion, que la constituye el depósito necesario del comercio de la Tracia y de la Tesalia. Entre las iglesias griegas que fueron convertidas en mezquitas, se nota la que contenia el féretro de San Demetrio, del que salia, dice la tradicion, un aceite balsámico, célebre por las curas maravillosas que obraba. Mas despues que resonó la voz del muezzin encima de las bóvedas del templo cristiano, se secó el precioso manantial. Selanik cuenta en el día ochenta mil habitantes; cin-

cuenta mil son musulmanes, y el resto se compone de Judios, Griegos y Armenios.

En 835 (1431), la ciudad de Janina (*Yania*) abrió sus puertas al Sultan, con la condicion de que los habitantes conservarían sus privilegios. Pero los comisarios enviados por Sultan-Murad para tomar posesion de la plaza, violaron el tratado, hicieron arrasar la iglesia de San Miguel y las fortificaciones, y arrebataron muchas jóvenes que les habian rechazado con desprecio, para casarse con ellas.

Un señor válaco, llamado Wlad-Drakul (en lengua válaca *el diablo*), despues de haber matado á *Dan*, su soberano, acababa de concluir un tratado de paz con Sultan-Murad, que habia querido desde luego sostener los derechos del hermano del príncipe lejítimo; mas la oferta de un tributo por parte del usurpador, y la promesa de reconocer el derecho feudal de la Puerta, disiparon los escrúpulos del Sultan. Al siguiente año (1433), renovó la tregua con el rey de Hungría. Sijismundo, revestido con las insignias de la dignidad real, recibió en la catedral de Basilea á los embajadores de su aliado; le ofrecieron doce copas de oro, llenas de monedas del mismo metal, y vestidos de seda bordados de oro y cargados de piedras preciosas.

A pesar de las apariencias de buena inteligencia entre Sultan-Murad y Sijismundo, mantenía este último relaciones secretas con el príncipe de Servia y el de Karamania, Ibrahim-Bey, á quien escitaba para que reconquistase las posesiones arrebatadas á sus predecesores por los musulmanes. El robo de un hermoso caballo árabe que Ibrahim habia arrancado por superchería al jefe de los Turcomanos de Zul-Kadrié, quien se quejó á Sultan-Murad, fué el ligero agravio que hizo estallar la guerra. El vasallo sublevado, batido completamente por Sarudjé-Baja y por el mismo Sultan, se vió precisado á implorar su gracia, que debió á las suplicas de su esposa, hermana del monarca otomano. Mas aquel príncipe, al mismo tiempo que perdonaba la su-

blevacion de Ibrahim, queria castigar á los que la habian provocado. Brankowitch logró prevenir la tempestad, recordando al Sultan la promesa de casamiento que existía despues de algunos años entre aquel monarca y Mara, hija del príncipe de Servia. La joven desposada fué remitida entónces entre las manos de los enviados musulmanes, y sirvió de prenda para la reconciliacion. Sijismundo soportó solo todo el peso de la cólera del Sultan. Durante cuarenta y cinco dias desoló el ejército otomano todo el país, y en su retirada se llevó setenta mil prisioneros.

Las bodas del Sultan con la princesa Servia hicieron suceder los placeres á la guerra. Mas al cabo de algunos meses, nuevas sospechas sobre la fidelidad de su suegro y del voivodo de Valaquia, decidieron á Sultan-Murad á atacar á ambos á dos. Drakul se entregó en persona entre las manos del vencedor, el cual, despues de haberle hecho sufrir una corta detencion, le dió la libertad; en cuanto á Jorje Brankowitch, se refugió en Hungría al lado de Alberto, sucesor de Sijismundo. Semendra, sitiada por el ejército otomano, se rindió al cabo de tres meses. Disponíanse los vencedores á marchar sobre Nicópolis, cuando la aproximacion de un cuerpo enemigo los hizo cambiar de plan. Los Húngaros fueron derrotados, y dejaron un número tan grande de prisioneros en poder de los soldados musulmanes, que uno de ellos vendió una hermosa esclava por un par de botas. Alberto intentó en vano volverse á apoderarse de Semendra; el terror que inspiraban los Otomanos á sus tropas era tan vivo que huían solo al verlos, gritando: *¡Ya viene el lobo!*

Sultan-Murad, cuidadoso siempre en estender sus relaciones políticas, cambiaba cartas amistosas con los príncipes de Egipto, de Karamania, con Kara-Yuluk, de la dinastía del Carnero-Blanco, y Chabrokh, hijo de Timur. Procuraba tambien establecer relaciones diplomáticas con Wladislao, rey de Polonia, á cuyo hermano, Casimiro, empujaba un

partido al trono de Bohemia, en concurrencia con Alberto, que se habia ya en posesion de las coronas de Alemania y de Hungría. Sultan-Murad ofrecia su alianza á Wladislao, con la condicion de que rompería todas sus relaciones con Alberto, y sostendría á Casimiro como rey de Bohemia. La muerte de Alberto vino á romper unas negociaciones que no tenian ya ningun objeto, y el emperador otomano fué á sitiar á Belgrado, cuya defensa habia confiado á los Húngaros el príncipe de Servia.

Hasta aquí hemos visto á Sultan-Murad, victorioso siempre y por todas partes, caminar rápidamente á su objeto, destruyendo cuantos obstáculos se oponen á su ambicion. Fué delante de Belgrado donde su estrella palideció por la vez primera. La vigorosa resistencia de aquella ciudad, cuyo sitio se vió precisado á abandonar al cabo de seis meses, fué el preludio de las derrotas sucesivas que le hizo sufrir el célebre Juan Huniade, conocido entre los musulmanes bajo el nombre de *Yanko*.

Mezid-Bey, caballero mayor de Murad, despues de haber alcanzado la victoria de Szent-Inneh, sitiaba á Hernianstadt; Huniade vino al socorro de aquella ciudad, y derrotó completamente á los Otomanos, quienes dejaron veinte mil hombres en el campo de batalla. El jeneral húngaro, que no habia perdido mas que tres mil hombres, pasa las montañas, entra en la Valaquia y devasta las dos orillas del Danubio. Recibido en triunfo por sus conciudadanos, poco acostumbrados á semejantes ventajas contra las armas otomanas, envia Yanko á Jorje Brankowitch un carro lleno de despojos enemigos, y coronado con las cabezas de Mezid-Bey y de su hijo; un anciano musulman, colocado en medio de aquellos sangrientos trofeos, se vió obligado á ofrecerlos al príncipe de Servia. Sultan-Murad, deseoso de vengar aquella afrenta, envia Chehab-uddin-Baja con un ejército de ochenta mil hombres contra el vencedor que no tenia mas

que quince mil. Habíase alabado el orgulloso Otomano de que sola la vista de su turbante pondria en precipitada fuga á los soldados de Huniade. Un triunfo mas señalado todavía que su primera victoria fué la respuesta del valiente Húngaro á aquella fanfarronada. Chehab-uddin fué hecho prisionero con cinco mil de los suyos y doscientas banderas; los mejores oficiales de Murad perecieron en aquella terrible jornada, entre otros Osman-Bey, nieto de Timurtach, Firuz-Bey, Yakul-Bey, etc., etc. Aquella victoria de Huniade, alcanzada en 1442, es conocida bajo el nombre de batalla de Vasag.

El año siguiente fué notable por la rapidez de los triunfos de Huniade. Una campaña de cinco meses le bastó para ganar cinco batallas y apoderarse de otras tantas ciudades. Así es que los Húngaros, ufanos con aquellas ventajas, le han llamado la *larga Campaña*. El 3 de noviembre de 1443 se encontraron los ejércitos otomano y húngaro en las cercanías de Nisa: la arrogancia de los Musulmanes debió ceder ante las sabias maniobras de Huniade. Este jeneral obliga á Sultan-Muhammed á refugiarse detrás del monte Hemus (el Balkan), despues de haber perdido dos mil hombres, y dejado entre las manos del enemigo cuatro mil prisioneros y nueve banderas.

Una nueva batalla se empeñó, un mes despues, en los desfiladeros del Balkan, donde los Húngaros tuvieron que luchar no solamente contra sus enemigos, sino tambien contra los témpanos y los enormes pedazos de hielo y de peñascos que se desprendían de las alturas vecinas. La ventaja quedó sin embargo á su favor, como asimismo en un tercer combate librado en los campos de Yalowaz. En dicho combate cayó prisionero el yerno del emperador otomano, Mahmud-Tchelebi.

En medio de aquellos reveses, llega á las noticias de Sultan-Murad que el mas indócil de todos sus vasallos, el príncipe de Karamania, acababa de sublevarse por la tercera vez, y apoderándose de las ciudades de Bey-Chehri, Ak-Chehir y Ak-Hy-